María Zambrano

Isla de Puerto Rico

Nostalgia y esperanza de un mundo mejor

Introducción de Rogelio Blanco

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Esta edición reproduce la fijación del texto que hizo Sebastián Fenoy Gutiérrez en el Vol. II - Libros (1940-1950) de las OO. CC. de María Zambrano, 2016.

Primera edición: octubre de 2025

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Fundación María Zambrano, 2025
© de la introducción: Rogelio Blanco Martínez, 2025
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADA

ISBN: 979-13-7009-061-6
Depósito legal: M-12912-2025
Printed in Spain

Índice

9 Introducción

59 Isla de Puerto Rico

103 Recuerdo de Puerto Rico

Introducción

El *dictum* «ad lucem per crucem» podría sintetizar la biografía de María Zambrano (1904, Vélez-Málaga-1992, Madrid). Una vida que cruza todo el siglo XX —«siglo del miedo», lo denomina Albert Camus— y que sufre tres de sus grandes dramas: guerra civil española, Segunda Guerra Mundial y un largo exilio cargado de avatares y peregrinaje dramáticos. Estos dramas la inducen a la reflexión y al compromiso, a la experiencia gnoseológica de un exilio no deseado, si bien, en el orden intelectual, fructífero.

De su largo exilio (1939-1984), la década de los años cuarenta discurre en América: México (Morelia), Puerto Rico (San Juan) y, sobre todo, Cuba (La Habana). De la presencia en México queda el testimonio de las obras allí publicadas: *Pensamiento y poesía en la vida*

española, *Filosofía y poesía*[1], en 1939, más las colaboraciones en la revista *Taller* que dirigía su amigo Octavio Paz y la docencia en Morelia. Será la estancia en La Habana, llena de inquietudes y penalidades, la que acerque a la pensadora al descubrimiento de América, y, en concreto, a través de dos islas caribeñas: Cuba y Puerto Rico, donde el matrimonio Rodríguez-Zambrano[2] recibió acogida, se sintió *hospe* (huésped) y no *hoste* (enemigo), pese a la acción de los simpatizantes con el régimen franquista y a las necesidades materiales, y a pesar de la angustia sentida dada la separación de su anciana madre y de su hermana enferma, Araceli, ambas retenidas en el París ocupado por los nazis, donde se quedaron penando desde el 13 de junio de 1940. La invasión nazi de la Ciudad de la Luz le induce a pensar no solo en su madre y hermana; también en la otra madre, Europa, como relata en la obra autobiográfica *Delirio y destino*:

> Y madre era también Europa. Otra madre despedazada, una madre que se había vuelto loca. ¡Oh Medea! Matando a sus hijos, a sus hermanos, a sí misma. Medea en un delirio del crimen que era el precio de los suicidios. La Madre loca, ¿por qué? ¿Por qué enloquece la Madre? [...] Y empezó así a sentir lo que es una agonía. La agonía de su madre, de la única, ¡quizá en aquellos mismos momen-

1. Ambas obras han sido publicadas en Alianza Editorial.
2. María Zambrano contrae matrimonio en 1936 con el historiador Alfonso Rodríguez Aldave, de quien se separa en 1948.

> tos! ¡Quizá mi madre agoniza ahora! No lo podía desechar y la Agonía de Europa, su madre en la historia, de Europa su patria irrenunciable[3].

La filósofa no logra adaptarse en Morelia, primer destino del largo exilio: «A principios de 1940 —relata Octavio Paz—, la guerra perdida, María Zambrano y Alfonso Aldave [*sic*] llegaron desterrados a México. Daniel Cossío Villegas, quizás por recomendación de León Felipe, la había contratado para que formase parte de la Casa de España y diese cursos de filosofía. Pero hubo, según parece, cierta oposición entre algunos de sus colegas —¡una mujer profesora de filosofía!— y se decidió enviarla a Morelia. La ciudad es encantadora, pero María se sintió perdida lejos de sus amigos y en mundo ajeno a sus preocupaciones. Cada vez que podía volvía a México»[4]. Las necesidades y la angustia, la falta de recursos y de trabajo remunerado asoman permanentemente; fueron compañía de viaje hasta el regreso a España en 1984. De este modo, sin lograr medios suficientes para sí, debe atender a su hermana y a su madre; pero esta menesterosidad se atempera gracias al calor de los amigos cubanos del grupo Orígenes (Lezama Lima, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Agustín Pi, Justo Rodríguez Feo, Vir-

3. María Zambrano, *Delirio y destino*, Alianza Editorial, Madrid, 2021, p. 331.
4. Octavio Paz, «Memorias de una voz», *Diario 16*, Madrid, 23 de marzo de 1991.

gilio Piñeira, Ángel Gaztelu, Julián Orbón, Lorenzo García Vega, Eliseo Diego, Octavio Smith, Jorge Mañach, etc.); más la ayuda material de Josefina («Fifi») Tarafa y, en algún momento, de Lydia Cabrera. Ayuda y apoyos que también llegaron por parte de relevantes puertorriqueños: el rector de la Universidad, Jaime Benítez, y el Gobernador y su esposa, Luis Muñoz Marín e Inés María Mendoza de Muñoz Marín; también de Ramón Landero, Tomás Blanco, Margot Arce, Nilita Vientós y las hermanas Fano, Elsa y Esther. Por otro lado, existía cierta simpatía por los exiliados españoles por parte del pueblo, máxime tras la gran difusión mediática que alcanzó el atraque y aprovisionamiento del renombrado buque *Sinaia* en San Juan, apelmazado de exiliados españoles, en 1940, camino de México; no obstante, la posición de los isleños se polarizó durante y posteriormente a la Guerra Civil. En Puerto Rico existían grupos de presión posfranquistas que se expresaban a través de la revista *Avance*, un remedo de la falangista hispana *Vértice*.

Desde la reflexión y el diálogo con los amigos, desde la experiencia y el estudio, desde la lejanía del viejo continente y concretamente de España, la filósofa andaluza va adentrándose e internalizando el significado de las «islitas caribeñas»; de igual modo de América, valorando y exponiendo su peso y su significado en la historia y en el contexto propio del momento. Esta experiencia americana del exilio la profundiza continua-

mente, si bien el contacto con Hispanoamérica lo inicia en el otoño de 1936, tras una breve estancia en Santiago de Chile con motivo de acompañar a su esposo, el historiador Alfonso Rodríguez Aldave, en su destino diplomático, ya en el fulgor de la guerra civil española (1936-1939) y de la amenaza de los fascismos sobre el resto de Europa. Durante este viaje realiza una breve escala en La Habana, donde se produce un encuentro crucial con Lezama Lima, encuentro ya sin fin. El matrimonio pronto abandona Chile y asume la pérdida de la comodidad diplomática para comprometerse de modo activo en la causa republicana. Causa que se desvanece frente al empuje de los totalitarismos europeos, a pesar de la ilusión causada en la pensadora el 14 de abril de 1931 —proclamación de la República española—; «era un movimiento nacido más que de la esperanza, de eso que la acontece: de la necesidad», escribe en *Delirio y destino*, y en páginas posteriores: «El aire era transparente en España; había visibilidad y en quien mirarse»; «el aire era ligero, el sol era claro y estimulante, brotaban las hojas como si una inteligencia brotara entre todo, había insectos, se oían de nuevo los pájaros [...]. La primavera que es más verdad en la pobreza. Diosa del despertar más visible en las criaturas sin brillo, en las tierras casi áridas, en el olmo seco que reverdece en tres hojas»[5]. Era la primavera de España, un hechizo de libertad que se

5. María Zambrano, *Delirio y destino*, *op. cit.*, p. 138.

derrumba con la Guerra Civil, la derrota de la República y el gran exilio generado ante el temor de la bota represiva que expande su sombra. Un espacio que anula la libertad individual que, por otra parte, depende de la de todos; ya que, en cada hombre, defiende la malacitana, se hallan todos los hombres.

Además, tras la variada correspondencia, los escritos y artículos en prensa, la pensadora refleja sus inquietudes por el crítico panorama motivado por el conflicto mundial y, sin desatender las personales, analiza al tiempo el posible papel de América. La crisis «es ya un lugar común de nuestros días, y como tantos lugares comunes nos hace correr el peligro de que resbalemos sobre él, sin adentrarnos. Mas, si así sucede, será como resbalar sobre nuestra propia vida [...]. Por ello es necesario que intentemos desentrañar lo que hay dentro de esa realidad a la que aludimos al decir crisis. Es necesario», concluye[6]. Así, bien se pudiera empezar afirmando que, en el caso de Zambrano, América fue un espacio gnoseológico; y una vez más, América, tierra antes deseada que descubierta; pero este nuevo descubrimiento no condujo al encubrimiento, al ocultar, sino a un desvelamiento, a un encuentro[7] del viajero, quien, tras la pertinente catarsis vital o *peregrinatio* a la nueva tierra, la recibe como

6. María Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza Editorial, Madrid, 2008, p. 99.
7. María Zambrano, «Recuerdo de Puerto Rico», cfr. texto incluido en la presente obra, pp. 105 y ss.

donación, como *matria*, pues será nutriente y salutífera, a la par el destino impuesto y nunca deseado: el exilio.

De acuerdo con las categorías frecuentemente citadas de José Gaos, Zambrano pierde el lugar de origen y como destino acepta el exilio; pues, «de destierro en destierro, en cada uno de ellos el exiliado va muriendo –escribe en *Los bienaventurados*–, desposeyéndose, desenraizándose. Y así se camina, se reitera su salida del lugar inicial, de su patria y de cada posible patria, dejándose a veces la capa al huir de la seducción de una posible patria que se le ofrece, corriendo delante de su sombra tentadora; entonces inevitablemente es acusado de eso, de irse, de irse sin tener tan siquiera adónde»[8]; es decir, no será el destierro, lugar propio de quien no logra un destino y siempre permanece vinculado al origen primigenio; ni será transterrada, situación dada a quienes pierden el origen y se amarran o anclan al lugar de destino. Acaso su espacio vital sea el de los aterrados o sin-tierra, sin origen ni destino, de quienes, viviendo en la tierra de los hijos de la necesidad, mas con palabra propia y apropiada, alcanzan un *locus*, el exilio, al que anhelan como eupsiquia. Y este *topos* singular y originario le permite a la pensadora adentrarse en los profundos –Zambrano dirá incluso en los «ínferos», en las catacumbas primigenias, como sucediera a los nuevos cristianos– para

8. María Zambrano, *Los bienaventurados*, Alianza Editorial, Madrid, 2022, pp. 55-56.

desvelar ante la nueva luz y desvelarse; pero para llegar a tales *topoi* se precisa luz, la luz auroral que se alcanza al amanecer, la primera del día, cuando se desea iniciar un nuevo viaje, la que eligió Don Quijote, la luz del alba, la más policromada, a fin de vislumbrar los aconteceres de la nueva jornada y, en duermevela, descifrar los pasos dados durante el peregrinaje y sus previsibles.

La llegada de Zambrano a América es iniciática, mas cargada de lastre; un lastre acumulado tras la experiencia dramática de una Europa en armas, aquella en la que los hijos de Ares todo lo ocupan, que campean y acampan por doquier. No fue suficiente que Atenea, la diosa de la «razón armada», se colocara el casco y tomara espada y escudo para defender a la *polis,* pues Ares, si bien no venció, sembró el terror. La fuerza de este dios se impuso causando el destrozo consiguiente por la irracionalidad totalitaria, a la vez que avivó la voz de los vencidos a fin de que los vencedores no pudieran sobrellevar cómodamente su lacerante victoria.

María Zambrano, pues, toma a las islas, Cuba y Puerto Rico, como residencia, «el lugar donde queremos recluirnos —declara—, cuando el espectáculo del mundo en torno amenaza con borrar toda imagen de nobleza humana»; pues «Cuba y Puerto Rico son de un pájaro las dos alas» necesarias —define el poeta L. Rodríguez de Tió— para resistir. En esta ubicación, si bien forzada y propia del exilio, la filósofa emprende la ruta, sea por vereda sea por trochas, de su pere-

grinación vital. Un espacio para la creación y para la purificación (catarsis); así, entre el delirio y el sufrimiento, entre la nostalgia y la esperanza, le conducen a cierta *ataraxia* tras la necesaria *metanoia*.

> Las Islas, lugar propio del exiliado que las hace sin saberlo allí donde no aparecen. Las hace o las revela dejándolas flotar en la limitación de las aguas posadas sobre ellas, sostenidas por el aliento que viene de lejos remotamente, aun del firmamento mismo, del parpadear de sus estrellas, movidas ellas por invisible brisa. Y la brisa traerá con ella algo del soplo de la creación[9].

Las islas, lugar de privilegio, espacio para la creación. Se puede recoger la conclusión de Roberta Johnson: en estas islas Zambrano encontró definitivamente su voz, su sitio; la reafirmación de la presencia de la razón poética[10]. Tal encuentro, ya desde los orígenes del género utópico, se suele ubicar en la insularidad, espacio entre el mar y el cielo cargado por la ligereza de la tierra que sostiene al náufrago, pero que se logra tras el viaje y el empuje del destino, tras la huida de un *mundus perversus* y la búsqueda de otro, un *mundus anversus*[11]. «Una isla es para la imaginación de siempre

9. María Zambrano, *Los bienaventurados*, *op. cit.*, pp. 60-61.
10. Roberta Johnson, «Lo que María Zambrano descubrió en el exilio caribeño», *La Tribuna. Cuadernos de estudios de la Casa-Museo de Emilia Pardo Bazán*, n.º 14, pp. 28 y ss.
11. Rogelio Blanco, *La ciudad ausente. Utopía y utopismo en el pensamiento occidental*, Akal, Madrid, 2000; cap. VIII.

una promesa. Una promesa que se cumple y que es como un premio de una larga fatiga. Los continentes parecen haber desempeñado el papel de ser la tierra del trabajo, la morada habitual del hombre tras de su condenación. Las islas, en cambio, aparecen como aquello que responde al ensueño que ha mantenido en pie un esfuerzo duro y prolongado; como la compensación esperada; compensación verdadera, más allá de la justicia, donde la gracia juega su papel. Las islas son el regalo hecho al mundo en días de paz para su gozo», con estas palabras comienza el texto del significativo libro *Isla de Puerto Rico* (p. 65). Pues el viaje es el «cumplimiento de la promesa que anida en el fondo del ser humano y de la historia. La libertad no es otra cosa que la transformación del destino fatal y ciego en cumplimiento, en realización llena de sentido. Y la esperanza es el motor agente de esa transformación ascensional»[12]. Soledad y silencio, viaje a las catacumbas desde la carencia, puesto que «la Isla es una categoría que transciende lo geográfico, pues que envuelve una suerte de destino histórico. Una suerte de humano destino», afirma en un breve texto escrito en marzo de 1964, titulado «Recuerdo de Puerto Rico», incluido al final del presente libro, pp. 105 y ss.

El viaje y la insularidad suelen ser condiciones materiales que se precisan en este tipo de *peregrinatio*. A partir de ahí devendría el renacer, el ensimismamien-

12. María Zambrano, *Los bienaventurados*, *op. cit.*, p. 146.

to hacia el *logos* propio a fin de que renazca como el *spermatikós* distribuido y disuelto por las entrañas como demandaba Empédocles, la catarsis propia que conduzca a los límites ahondables de la *oikoumene*, a la isla perdida en la inmensidad del mar. La *oikoumene* isleña acotada es *topos* que favorece descubrir los pretendidos encubrimientos. Es un microcosmos preciso para el reencuentro ecuménico —con los otros, con las cosas y con el propio ser—, que posibilita el aunamiento; pero una vez llegados al *eutopos* se precisa con urgencia levar anclas e izar velas para seguir navegando hacia «la ciudad ausente»[13], la de la utopía sin utopía; así lo demanda Oscar Wilde. Los *topoi* isleños permiten cierto aislamiento, una protección disuasoria, un entrañamiento autárquico o autonómico discernibles que debieran ser temporales; en el caso de Zambrano lo fueron, si bien necesarios y limitados temporalmente. Así pues, más que una utopía —aunque con escasa suerte, pues en algunas ocasiones resultaron una *cacotopía*—, se pretende que sean una *eupsiquia,* un *locus amoenus* donde se facilite la alternatividad frente a lo vivido o al deslizamiento en un proyecto que se encuentra ensoñado, un lugar para lograr luz y verdad.

En el logro de tal *topos* peregrina Zambrano. Se establece en La Habana, ya que, en México, tierra continental, no logra hábitat agradable. Puerto Rico también será la residencia en breves estancias. Aquí, en

13. Prontamente, en 1928, la filósofa desarrolló este concepto utópico en la revista *El Manantial*, Segovia (n.º 4, julio-agosto).

las islas –soñadas antes que descubiertas– del Caribe, formalizará textos breves y originarios, que serán matriz y fermento de textos futuros más extensos, textos nucleares y germinales para su magna obra. Además, como se señaló, la filósofa era consciente de que no fue bien acogida entre el gran colectivo de exiliados españoles en México. «Soy la única mujer intelectual que ha llegado, soporté la guerra y mi marido estuvo de verdad en el frente [bélico] y para ninguno de los dos ha habido nada, ¿comprende?», le escribe a su amigo el hispanista norteamericano Waldo Frank, y continúa el texto epistolar: «Dentro de poco tiempo ya esa gente sólo tendrá dinero y nada más, ni un átomo de amor por nadie; la esperanza se había dirigido hacia otro lado y se encontrarán las espaldas vueltas de los mejores y aún de los más. La impostura es demasiado grande, demasiado grande esa mentira, esa sumplatación [*sic*] de la revolución. La sede de ella ya ha arrojado la máscara. Pero todo es largo y la vida corta»[14]. La «sede», pues, para una década de una «vida corta» será en Cuba y en Puerto Rico; «pero todo será largo», ya que la obra de la pensadora se itera, se manifiesta constantemente como sombra alargada y penetrante. María llegó, de esta manera, a las islas en búsqueda de un refugio frente a enemigos previsibles

14. María Zambrano, carta a Waldo Frank de 6 de julio de 1939, recogido por María I. Elizalde Fernández en «16 cartas inéditas de María Zambrano a Waldo Frank», *Revista de Hispanismo Filosófico*, n.º 17, año 2012, carta n.º 2, pág. 122.